

Hernán avanzó con rapidez entre la multitud. Sus obligaciones le habían retenido más tiempo de lo esperado, así que aceleró el paso y dejó atrás la última calle que lo separaba del puerto.

El sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte, y el cielo había adquirido una tonalidad rojiza que hizo que el chico se detuviera para contemplar mejor el ocaso. A pesar de que llevaba casi dos años en Porto Santo, aún no se había acostumbrado a la manera en la que cada día el sol se despedía en aquella isla. Por eso, caminaba siempre al atardecer hasta la playa y disfrutaba de los minutos en los que el astro parecía engullido por la inmensidad del océano.

Cuando llegó a la orilla, estiró el brazo como intentando tocar el agua por la que tantas veces

había ansiado navegar. Desde que embarcó por primera vez en Lisboa para dirigirse a Porto Santo, no había sido capaz de pensar en otra cosa. Aún recordaba la sensación de libertad que había experimentado cuando el navío en el que viajaba con su familia se hizo a la mar y a su alrededor solo se divisaba agua. Desde entonces, anhelaba surcar los mares al frente de una veloz embarcación en la que recorrer todas las rutas conocidas. Lamentablemente, su deseo contradecía la voluntad de su padre, que esperaba que se hiciera cargo algún día del negocio que ahora él regentaba y por el que habían abandonado Lisboa para establecerse en aquel lugar.

Porto Santo era una pequeña isla del Atlántico que había sido descubierta hacía poco tiempo por los portugueses. Hernán sabía que su nombre se debía a las historias que los marineros relataban acerca de su descubrimiento, que hacían alusión a su situación como una bahía protegida de las tempestades en mitad del océano.

La isla se hallaba al norte de Cabo Verde y tenía un paisaje lleno de contrastes. Mientras en el norte podían contemplarse grandes acantilados, en

el sur se extendía una inmensa playa de arena blanca. Porto Santo se había convertido en un lugar de descanso para los barcos que viajaban a Guinea. Esas naves transportaban oro, piedras preciosas, marfil o madera, con las que su padre comercializaba en Lisboa. Su residencia en la isla le permitía comprar esos productos antes de que llegaran a Portugal, obteniendo así precios mejores. Luego, él mismo se encargaba de hacérselos llegar a los compradores portugueses con un margen de ganancias mayor que el que obtenía cuando vivían en Lisboa. El padre de Hernán esperaba continuar en Porto Santo hasta enriquecerse lo suficiente para poder regresar a Portugal y disfrutar allí de una vida acomodada.

Cuando el sol se ocultó por completo, Hernán se dispuso a regresar a casa, pero, en ese momento, divisó algo a lo lejos que llamó su atención y se encaminó de nuevo hasta la orilla.

Tras avanzar varios metros, observó con claridad que lo que en un principio le había parecido una extraña sombra sobre la arena no era otra cosa que el cuerpo de un hombre.

El joven echó a correr hasta llegar junto al desconocido, que se aferraba a un trozo de madera. Por sus ropas, solo podía tratarse de un marinero cuya embarcación debía haber naufragado. Pero, de ser así, ¿dónde estaba el resto de la tripulación? ¿Y por qué no había rastro de ningún barco?

Hernán se acercó al pecho del hombre y comprobó que todavía respiraba, pero su estado parecía muy grave. El chico comenzó a gritar pidiendo ayuda mientras trataba de despertar al náufrago.

Después de varios segundos, que a Hernán le parecieron interminables, el marinero abrió los ojos y agarró con fuerza el brazo del joven, que gritó asustado.

—¡El mapa! —exclamó el desconocido mientras extraía del bolsillo de su chaqueta un pergamino y se lo entregaba al muchacho—. ¡Guardadlo como un tesoro! —fue lo único que alcanzó a decir antes de perder de nuevo el conocimiento.

Hernán cogió el pergamino sin comprender lo que trataba de decirle el marinero. Luego observó, más tranquilo, que varias personas se dirigían hacia ellos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó un hombre de gran estatura cuyo rostro le resultó familiar al muchacho.

—La corriente ha debido arrastrar el cuerpo de este marinero hasta la playa —conjeturó el joven mientras veía cómo otro individuo se acercaba también al desconocido y tocaba su frente.

—Está ardiendo —señaló a continuación.

—Hay que llevarlo al pueblo cuanto antes —advirtió el primer hombre—. Si no recibe pronto atención médica, no creo que sobreviva a esta noche —añadió antes de tomar el cuerpo del desconocido para llevárselo de allí enseguida.

Hernán se quedó inmóvil en la playa, observando cómo conducían al marinero hasta un lugar donde pudieran atenderlo. Permaneció un rato ensimismado preguntándose qué significarían sus palabras y, sobre todo, qué sería aquel pergamino que le había entregado.

Cuando se alejaban de la playa, el hombre que se había hecho cargo del naufrago se giró y contempló a Hernán durante unos segundos. Le pareció que aquel muchacho ocultaba algo. Luego, continuó

el camino hasta el pueblo, donde buscó un lugar donde alojar al herido al tiempo que ordenaba llamar al médico con premura. Viendo su estado, no estaba seguro de que aquel marinero pudiera sobrevivir aun cuando recibiera los cuidados necesarios.

Al ver cómo temblaba el cuerpo del desconocido, recordó la noche en la que él mismo recorrió a nado la distancia que separaba Portugal del lugar donde su barco se había hundido. Sucedió durante un violento combate naval que casi le cuesta la vida. Eran muy pocos los que, como él, habían sido capaces de sobrevivir a un naufragio. En aquella ocasión, la fortuna le había sonreído, y ahora esperaba que hiciera lo mismo con aquel hombre.

—¿Quién sois? —preguntó el marinero cuando abrió los ojos.

—Me llamo Cristóbal Colón —contestó sorprendido por la rapidez con la que había recobrado la consciencia—. El médico está a punto de llegar, así que no debéis preocuparos.

—Creo que ningún remedio podrá curar mis males —reconoció el marinero, consciente de su estado—. Debo deciros algo antes de que mis ojos

se cierren para siempre, pues hay un secreto que no deseo llevarme conmigo —aquellas palabras despertaron la curiosidad de Colón—. ¿Habéis escuchado la historia de un navío que desapareció hace más de un año cuando regresaba de la costa africana? —Colón asintió con la cabeza. La desaparición de una nave no pasaba desapercibida para los que, como él, dedicaban su vida al mar—. Yo viajaba en ese barco —afirmó, y, a continuación, perdió de nuevo el conocimiento.

Colón tocó su frente. Continuaba ardiendo. Debía bajar su temperatura de inmediato, así que humedeció un paño y se lo aplicó en la parte superior del rostro mientras pensaba en lo que acababa de revelarle. Había escuchado el relato de la embarcación que desapareció cuando regresaba de Guinea, pero eso había sucedido hacía más de un año. Colón dudó: si aquel barco había naufragado, ¿cómo era posible que el marinero hubiera llegado a la costa después de tanto tiempo?

No habían transcurrido más que un par de minutos cuando los ojos del hombre se abrieron de nuevo.

—Deberíais descansar —aconsejó Colón al herido al ver los esfuerzos que hacía por hablar.

—No sin antes revelaros lo que sucedió con nuestro barco —dijo, mientras trataba de incorporarse—. Cuando regresábamos de Guinea, los vientos cambiaron y desviaron nuestra embarcación hacia el oeste por una ruta distinta a la planificada. No pudimos hacer nada por recuperar el rumbo —añadió con dificultad—. Semanas después, las provisiones comenzaron a escasear y la desesperación se adueñó de toda la tripulación. Todos pensábamos que navegábamos hacia el fin del mundo —dijo antes de detener sin remedio su relato. Colón notó que el marinero apenas tenía fuerzas para hablar y le hizo un gesto para que descansara, pero el hombre negó con la cabeza. Sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y no quería morir sin revelar a nadie su secreto—. Cuando dábamos nuestra vida por perdida, el Señor se apiadó de nosotros y, para nuestra sorpresa, divisamos tierra firme.

Colón lo miró dubitativo, preguntándose dónde podían haber llegado. Nadie había viajado hacia el oeste durante tantas jornadas.



—¿Dónde arribó vuestro barco? —preguntó Colón con curiosidad. Pero el marinero apenas lo-graba articular las palabras.

—Llegamos a una tierra tan rica como nunca hayáis imaginado —contestó el náufrago con una sonrisa en los labios. Enseguida comenzó a temblar de nuevo y, al ver que su estado estaba empeorando, Colón se asustó—. Todo está en el mapa —añadió mientras se llevaba la mano al bolsillo de la cha-queta. Sorprendido, comprobó que el pergamino donde estaba dibujada la ruta no estaba allí, pero enseguida recordó lo que había hecho con él—. ¡El muchacho! —fue lo último que acertó a decir antes de perder de nuevo el conocimiento.

En ese momento, el médico entró en la habita-ción. Colón salió de la estancia para que el náufrago pudiera ser atendido.

—Una tierra tan rica como nunca se haya ima-ginado —murmuró mientras caminaba de un lado a otro del pasillo. Eso era lo que el marinero había dicho, pero nadie había conseguido llegar a tierra viajando hacia el oeste. ¿Cuál podría ser entonces el lugar en el que habían desembarcado?

Tras varios minutos de espera, el médico salió de la estancia para informarle de que no había podido hacer nada por aquel hombre.

Aunque sabía que el estado del desconocido era muy grave, Colón confiaba en que, gracias a la ayuda médica, hubiera podido salvar la vida. Para él, como marinero, la muerte de un compañero siempre era motivo de tristeza, ya que el mar le recordaba que su poder era muy superior al de cualquier barco. Algún día, él mismo podía sufrir idéntica suerte que la de aquel hombre.

Colón entró de nuevo en la habitación y fijó su mirada en el rostro del náufrago, mientras se preguntaba si todo lo que le había revelado sería verdad. En aquel preciso instante, una idea empezó a tomar forma en su cabeza. ¿Y si la nave de aquel marinero había alcanzado las Indias? Enseguida se dio cuenta de que su razonamiento no tenía sentido. La distancia entre Portugal y Asia era demasiado grande como para que un barco pudiera recorrerla. Sin embargo, algo en su interior le decía que aquel hombre había sido sincero y que quizá hubiera una ruta aún desconocida para llegar a las

Indias. Lamentablemente, no había forma de comprobarlo, así que salió de la casa, decidido a no darle importancia a aquel asunto. Su estancia en Porto Santo se había demorado más de lo que esperaba y debía regresar a Lisboa cuanto antes. Pese a esta determinación, no podía negar que la conversación con el moribundo había despertado su interés, y el instinto le decía que no iba a ser capaz de olvidar a aquel hombre y que buscaría sin descanso el modo de comprobar si sus palabras eran ciertas.

Ysella miró con atención el fuego antes de decidir si el horno había alcanzado el calor adecuado para la cocción. Si la temperatura era excesiva, el pan se tostaría con rapidez en la corteza mientras que el interior quedaría húmedo; por el contrario, si el horno no tenía el calor necesario, la masa no subiría y el pan tendría un aspecto feo que menguaría su precio. Aquel era, sin duda, uno de los pasos más importantes en la elaboración del pan, pues en un solo instante todo el trabajo previo podía quedar arruinado.

La joven introdujo la bandeja en el horno con mucho cuidado. Debía cocer el mayor número de panes posible, pero sin que las masas se rozaran. Aunque era una tarea complicada, llevaba tanto tiempo ayudando a su padre que pudo hacerlo

sin dificultad. Ahora solo debía esperar el tiempo necesario para comprobar que todo había salido correctamente.

La familia de Ysella era judía, por lo que comían un pan sin levadura llamado ácimo, pero en el horno cocinaban muchas más clases de pan que vendían por todo Sevilla. Las harinas que más usaban para su elaboración eran las de trigo, centeno y cebada.

El pan preferido de Ysella era el de avena y jengibre, al que añadía un poco de miel para mejorar su aspecto y sabor.

—¿Puedo ir a ver la llegada de la reina Isabel? —preguntó la chica al ver que su madre llegaba. Miriam dudó antes de responder. Su marido, Abraham, era muy estricto con las salidas de Ysella, pero la visita real se había convertido en todo un acontecimiento y no quería privar a su hija de un momento como ese.

—Sí, si regresáis a tiempo para sacar los panes —le dijo finalmente la mujer. Ysella asintió con la cabeza y su madre sonrió al ver la emoción que reflejaban los ojos de la muchacha. Al fin y al cabo,

no era más que una chiquilla, y la idea de poder ver a una reina le producía una agitación propia de su edad.

La reina Isabel era hija del rey Juan II de Castilla. A la muerte de su padre, su hermano mayor, Enrique IV, había heredado el trono. Aunque tenían un hermano más pequeño, este había fallecido cuando no era más que un muchacho. Al morir Enrique, Isabel reclamó su derecho al trono, enfrentándose a los que defendían como soberana a su sobrina, la hija de Enrique, apodada la Beltraneja. Ysella había escuchado todo tipo de historias sobre cómo la reina superaba cada uno de los obstáculos que la separaban del trono. A pesar de su juventud, había demostrado poseer el valor y el coraje necesarios para gobernar Castilla, así que no era de extrañar el interés de Ysella por ver a la soberana.

Una vez en la calle, la chica empezó a caminar a toda prisa. La aljama o judería era el lugar donde vivían la mayoría de los judíos. Un Consejo de ancianos regía las normas de la comunidad, recaudando sus propios impuestos para el mantenimiento de la sinagoga y de las enseñanzas de su religión.

Aunque hasta hacía muy poco tiempo habían tenido sus propios tribunales, ahora dependían de los tribunales reales. Ysella sabía que pagaban muchos más impuestos que los cristianos y que estaban excluidos de los cargos que les pudieran conferir autoridad sobre ellos.

Según se acercaba a la puerta de la Macarena, vio que su amiga Sara también se dirigía hacia allí. Sabía que la reina pasaría por delante de aquella iglesia. Ysella acudió al encuentro de su amiga y ambas buscaron un lugar desde el que poder presenciar juntas la llegada.

—¿Qué aspecto tendrá? —preguntó Sara, muy emocionada también por el acontecimiento.

Antes de que Ysella contestara, la reina entró por la puerta de la Macarena, seguida solo por los miembros de su Consejo. Sara la miró fijamente y advirtió en su rostro la seguridad de una persona que había forjado su propio destino a base de tenacidad y paciencia. No en vano, su hermano Enrique había tratado de concertar su matrimonio en varias ocasiones, pero ella había conseguido eludir cada uno de los compromisos. En contra de los deseos

de este, se había casado en secreto con Fernando de Aragón, sellando una poderosa alianza con este reino. Con la ayuda de su esposo, Isabel se había proclamado soberana de todos los castellanos.

—Mi padre espera que la llegada de la reina ponga orden en la ciudad —reconoció Sara. Desde hacía tiempo, la rivalidad entre los dos hombres más poderosos de Sevilla, el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz, había sumido a la urbe en un estado de caos permanente.

—Yo también espero que su presencia acabe con los ataques a nuestro pueblo —confesó Ysella. A diferencia del padre de Sara, el de Ysella desconfiaba de la ayuda de la reina, pero la joven esperaba que esta pudiera detener las continuas humillaciones que los judíos sufrían por parte de los cristianos, a pesar de que cumplían todas las normas impuestas, como la de llevar un distintivo rojo cosido a sus ropas para poder ser reconocidos. Los ataques contra su pueblo eran tan frecuentes que algunos judíos, como la familia de Sara, habían decidido renunciar a su fe y bautizarse, recibiendo el nombre de conversos.



—Para nosotros también son tiempos inciertos —señaló Sara con tristeza. Ysella tomó su mano y la apretó con fuerza para mostrarle su apoyo. La situación de su amiga era muy delicada, pues los conversos no estaban bien vistos ni por los judíos, que pensaban que habían traicionado sus creencias, ni por los cristianos viejos, que recelaban de su conversión. Sin embargo, el padre de Sara había conseguido enriquecerse con la venta de diferentes productos, sobre todo, vino y aceite, gozando de una posición desahogada que los mantenía a salvo. A Ysella le costaba comprender por qué no podían vivir todos en paz. Su familia le había enseñado a ser tolerante. Sara era su mejor amiga, a pesar de no profesar su misma religión. Pero no todos compartían la postura conciliadora de la joven, y los ataques a la aljama eran constantes.

Cuando el cortejo real estaba a punto de llegar al Alcázar, Ysella observó cómo un fraile trataba de llegar hasta la soberana.

—Es fray Alonso de Ojeda —señaló Sara, que se había percatado de la situación igual que su amiga.

—Su encuentro con la reina no puede traer nada bueno —opinó Ysella. Aquel fraile dominico era uno de los religiosos que más odio profesaba contra judíos y conversos.

Sara corrió hasta el fraile y se colocó delante de él impidiendo su avance. Al ver que no conseguía llegar hasta la reina, este se enojó. Luego, retrocedió. Ysella se echó a reír ante la ocurrencia de su amiga, aunque las dos sabían que fray Alonso volvería a tener la oportunidad de reunirse con la reina en otro momento.

Mientras trataba de regresar junto a Ysella, Sara reconoció otro rostro entre la multitud y se apresuró a advertir con gestos a su amiga. Ysella pronto comprendió lo que Sara trataba de decirle. Unos metros más adelante estaba Leví, un sobrino de su padre con el que compartían el negocio familiar. Ellos se encargaban de la elaboración del pan y Leví se ocupaba de la venta.

La joven se mezcló de nuevo entre la gente con la esperanza de que no pudiera verla, pues su relación con él no era precisamente buena. Leví era un joven egoísta, avaricioso y embustero. Ella sabía

que su padre, Abraham, le había prometido al padre de Leví que cuidaría del muchacho, algo que este aprovechaba para hacer y deshacer a su antojo. La madre de Ysella le había pedido que tuviera paciencia, pero ella no soportaba el modo en el que utilizaba a su familia. Lo último que quería era que la descubriera, pues estaba segura de que el joven encontraría la manera de que su padre se enterara de su salida.

Ysella se despidió de Sara y avanzó en dirección contraria donde estaba su primo.

Mientras buscaba una ruta alternativa para regresar a la aljama, se encontró de nuevo con fray Alonso, que estaba increpando a un grupo de conversos.

—¡Vuestros días en el reino de Castilla están contados! ¡La reina sabrá de vuestras herejías! —advirtió el dominico elevando el tono de voz, convencido de sus palabras. Ysella, asustada, se apresuró a llegar hasta su casa.

Cuando estaba de nuevo junto al horno, comprobó, aliviada, que había llegado a tiempo para sacar los panes. Después de ver el aspecto de la

masa, Ysella sonrió. Sin duda, había hecho un buen trabajo y su padre estaría orgulloso de ella. Si le demostraba que era responsable, quizá fuera más tolerante con sus salidas de la aljama. Luego, fue a buscar a su madre para repetirle las palabras de fray Alonso de Ojeda.

—No debéis hablar de esto con vuestro padre —señaló Miriam preocupada ante la posibilidad de que el dominico se reuniera con la reina. Ella había tenido ocasión de escuchar sus sermones, y cada una de sus palabras incitaba el odio hacia su pueblo. Por eso no quería inquietar a su marido con más preocupaciones.

—La reina no permitiría algo así —opinó Ysella, adivinando lo que su madre estaba pensando—. Isabel siempre ha sido tolerante con nuestro pueblo —añadió. Su madre no contestó. La muchacha era demasiado joven como para entender que nunca podrían sentirse a salvo—. Ella nos protegerá —fue lo último que dijo Ysella antes de continuar con sus obligaciones. La joven no podía sospechar lo equivocada que estaba.

Hernán miró fijamente el pergamino antes de guardarlo de nuevo bajo su ropa. Desde el día en el que el misterioso hombre de la playa se lo entregó, no había dejado de repetirse la misma pregunta: ¿Qué extraña tierra había representado el marinero al oeste?

Todo el mundo sabía que no había nada más allá del mar Tenebroso. Entonces, ¿por qué había dibujado aquel territorio? ¿Y qué significarían los números anotados en el pergamino?

Hernán recordó el estado en el que el naufrago había llegado a la playa. Quizá había perdido la cordura y el mapa reflejaba solo los desvaríos de un hombre navegando a la deriva, que sabía que estaba a punto de perder su embarcación y, con ello, la única posibilidad de salvarse.

El muchacho había lamentado realmente la noticia de la muerte del marinero, no solo porque siempre era duro que el mar se cobrara una vida humana, sino porque su fallecimiento acababa con cualquier esperanza de resolver el enigma de sus palabras y de aquel pergamino.

Sin embargo, Hernán conservó el mapa y fue incapaz de desprenderse de él durante los dos últimos años. El marinero le había pedido que lo guardara como un tesoro y quizá por ese motivo se había convertido en una especie de amuleto para él. El chico se aseguró de que el pergamino estaba a salvo bajo su chaqueta antes de subir al barco.

—Pensaba que hoy no apareceríais —se sorprendió el capitán del navío nada más verlo.

—Os dije que acudiría cada día hasta que zarparais —aseguró Hernán. Sus palabras complacieron enormemente al hombre—. ¿Qué tengo que hacer hoy?

El marinero sonrió. Aquel joven quería aprender el oficio y se había ofrecido a realizar cualquier tarea en el barco durante el tiempo que estuviera atracado. El día anterior le había mandado limpiar

toda la cubierta, lo que le tuvo ocupado durante varias horas. Si el joven resistía el trabajo que le había reservado aquella mañana, demostraría que su vocación era verdadera. Hernán debía aprender que navegar era un oficio duro.

Mientras el chico comenzaba su labor, observó que alguien más subía al barco. Hernán miró fijamente al desconocido. Su rostro le resultaba familiar. Pasados unos minutos, cayó en la cuenta de que se trataba del hombre que había socorrido al naufrago de la playa. Tras el encuentro, el muchacho se había informado sobre la identidad del caballero, y ahora sabía que se llamaba Cristóbal Colón y que estaba de visita en Porto Santo debido a sus negocios con el azúcar.

—¡Mi viejo amigo! —exclamó el capitán del navío al advertir la presencia de Colón. El marinero se acercó a él para estrechar su mano—. Había escuchado rumores sobre tu llegada, pero me costaba creer que alguien que lleva el mar en el corazón hubiera decidido vivir en una pequeña isla como esta.

Hernán escuchó aquellas palabras con atención. Por lo visto, aquel hombre se había establecido

en Porto Santo. El joven ignoraba que el padre de Felipa, la mujer de Colón, había sido gobernador de la isla y por eso habían decidido trasladarse allí después de contraer matrimonio.

—¿Qué os trae por mi embarcación? —preguntó el capitán sin poder disimular su alegría ante el encuentro, pues ambos habían navegado juntos hacía muchos años.

—Quería preguntaros por una nave que desapareció hace un tiempo, cuando regresaba de Guinea —confesó Colón, incapaz de olvidar las palabras del náufrago que había socorrido años atrás en la playa. Desde aquel día, no había cesado de consultar mapas y libros de navegación, incluidos los de su suegro, que era un gran amante del mar.

Había leído también sin cesar textos antiguos hasta que una idea había ido cobrando forma en su mente. Para corroborarla, necesitaba confirmar si realmente el marinero fallecido era parte de la tripulación del barco que todos daban por desaparecido. Necesitaba recabar toda la información posible.

—Recuerdo bien aquel navío —afirmó el capitán mientras acariciaba su barba—. Regresaba con



un cargamento de Guinea cuando desapareció sin dejar rastro.

Hernán, que escuchaba atentamente la conversación, dejó caer un cepillo para captar la atención de Colón, que lo miró fijamente mientras trataba de recordar dónde lo había visto antes. Continuó hablando con el capitán y, tras unos minutos, supo quién era. Sin duda, había cambiado, pero sus ojos conservaban esa mirada audaz que había visto años atrás. Era el muchacho que estaba en la playa junto al cuerpo del marinero antes de que ellos llegasen. En los últimos meses, Colón había intentado encontrar a aquel joven, pues el naufrago le había revelado la existencia de un mapa que no había encontrado entre sus ropas. Quizá el muchacho supiera algo más del asunto.

—Veo que tenéis un nuevo ayudante —señaló Colón, sorprendido con aquel encuentro fortuito. Solo podía tratarse de una señal del destino.

—Se ha empeñado en aprender el oficio de marinero —informó el capitán entre risas—. Ya le he dicho que más le valdría atender el negocio de su padre que conocer los peligros del mar.

—Y sin esos peligros —intervino Colón—, ¿qué emoción tendría embarcarse? —añadió acercándose al joven—. ¿Qué edad tenéis? —preguntó finalmente Colón.

—Doce años —respondió el chiquillo con rapidez. El marino lo miró con atención. El cuerpo del muchacho parecía demasiado enclenque como para soportar el duro trabajo físico que implicaba navegar, pero aún era joven y podía fortalecer sus músculos, sobre todo si continuaba al servicio de su buen amigo. Lo conocía muy bien y podía imaginar las duras tareas que le habría impuesto al joven. Todos los aspirantes a marineros debían superar aquel proceso. Él mismo había sido grumete durante unos meses antes de convertirse en marino. Y había necesitado más tiempo aún, además de demostrar sus cualidades, antes de ganarse la responsabilidad de mando en un barco.

—¿Por qué deseáis navegar? —quiso saber Colón. En sus años de marino había conocido a muchos jóvenes que fantaseaban con la vida del mar, pero que luego cambiaban de opinión en cuanto comprobaban lo duro que era el oficio.

—No soy ningún ingenuo —contestó Hernán—. Sé que es un oficio duro e ingrato. Solo he navegado en una ocasión, pero soy incapaz de olvidar ese momento —añadió pensativo—. Cuando uno ha experimentado la sensación de libertad que se siente en alta mar, es imposible dedicar la vida a hacer otra cosa.

—¿Recordáis las circunstancias en las que nos conocimos? —preguntó Colón, complacido con la respuesta anterior del joven. Hernán asintió con la cabeza—. ¿Tuvisteis ocasión de hablar con aquel marinero? —continuó preguntando. El muchacho meditó su respuesta durante unos segundos.

—Vos mismo visteis el estado en el que se encontraba —contestó finalmente.

Colón sonrió ante las palabras que había escogido para eludir la respuesta. Aunque no había afirmado que conversara con él por su estado, ponía en duda la veracidad de cualquier palabra que hubiera pronunciado. El joven era despierto y eso le gustaba.

—Aquel marinero me contó una extraña historia sobre un viaje cuya ruta había plasmado en un

mapa. —Los ojos del muchacho se abrieron de par en par mientras se llevaba su mano de manera inconsciente al bolsillo de la chaqueta—. Lo curioso es que no pude encontrar el mapa del que hablaba el moribundo y quería preguntaros si sabéis algo al respecto —reconoció finalmente Colón. Hernán continuó en un empecinado silencio—. Ese mapa es muy importante para mí —insistió el marinero al ver que el muchacho no se decidía a hablar. Hernán lo miró fijamente. Durante todo ese tiempo, había creído que aquel pergamino había llegado a sus manos por algún motivo, y ahora tenía claro lo que debía hacer.

—Si ese mapa estuviera en mi poder —comenzó diciendo el joven—, ¿qué estaríais dispuesto a hacer para conseguirlo?

—Pedid lo que deseéis —contestó Colón—. Si está en mi mano lograrlo, dad por seguro que lo tendréis —aseguró.

—Os enseñaré el mapa —afirmó finalmente el chico—, pero antes deberéis hacer algo por mí.

Colón lo miró expectante. El muchacho acababa de confirmar la existencia del mapa. Tras años

de investigación y estudio, ese descubrimiento podría permitirle ratificar la teoría que había forjado en su mente.

—Convenceréis a mi padre de que me deje entrar a vuestro servicio —propuso Hernán con voz decidida. Colón lo miró sorprendido. Aquella petición era lo último que había esperado escuchar, pero el joven parecía muy seguro. Hernán había tomado una decisión y no pensaba echarse atrás. Desde el día en el que el marinero le entregó el mapa en la playa, había tenido el presentimiento de que ese pergamino conseguiría cambiar su vida para siempre. Y estaba a punto de comprobar si estaba en lo cierto.